

El advenimiento del *Homo algorithmicus* y el eclipse del juicio Técnica, nihilismo y crisis democrática

The Advent of *Homo Algorithmicus* and the Eclipse of Judgment Technology, Nihilism, and Democratic Crisis

Miguel Ángel Pastorino

Universidad Católica del Uruguay, Montevideo, Uruguay
miguel.pastorino@ucu.edu.uy
ORCID: 0000-0002-6433-0223

DOI: <https://doi.org/10.53439/stdfyt57.29.2026.117-138>

Resumen: Este artículo examina la transformación antropológica, política y ética provocada por la expansión de la inteligencia artificial (IA) en el siglo XXI, entendida no como un mero avance técnico, sino como un acontecimiento civilizatorio que reconfigura la racionalidad social, las formas del poder y las condiciones de posibilidad de la democracia. A partir de un análisis filosófico que dialoga con autores contemporáneos, se sostiene que el núcleo del desafío no reside en la inteligencia de los algoritmos, sino en la progresiva externalización del juicio y de la decisión humana en sistemas automatizados. En el plano antropológico, la emergencia del *Homo algorithmicus* expresa una mutación de la subjetividad marcada por la delegación del juicio en arquitecturas de recomendación que empobrecen la experiencia y erosionan la autonomía. En el plano político, la racionalidad algorítmica reorganiza el espacio público mediante formas de gobernanza automatizada que privilegian la eficiencia y la predicción, desplazando la deliberación, debilitando la rendición de

Abstract: This article examines the anthropological, political, and ethical transformation brought about by the expansion of artificial intelligence (AI) in the twenty-first century, understood not as a mere technical advance but as a civilizational event that reconfigures social rationality, forms of power, and the conditions of possibility of democracy. Drawing on a philosophical analysis in dialogue with contemporary authors, the article argues that the core of the challenge lies not in the intelligence of algorithms, but in the progressive externalization of human judgment and decision-making into automated systems. On the anthropological level, the emergence of *Homo algorithmicus* expresses a mutation of subjectivity characterized by the delegation of judgment to recommendation architectures that impoverish experience and erode autonomy. On the political level, algorithmic rationality reorganizes the public sphere through forms of automated governance that privilege efficiency and prediction, displacing deliberation, weakening accountability, and

cuentas y confundiendo corrección técnica con legitimidad democrática. En el plano ético, el artículo sostiene que los desafíos de la IA no pueden abordarse exclusivamente mediante códigos normativos, sino que requieren una crítica política de la razón algorítmica capaz de someter la técnica al horizonte del autogobierno, el bien común y la responsabilidad democrática. El texto concluye que el desafío contemporáneo no consiste en perfeccionar los algoritmos, sino en preservar y fortalecer la capacidad humana de decidir, deliberar y asumir la incertidumbre inherente a la vida democrática en un mundo crecientemente automatizado.

Palabras clave: algoritmos, inteligencia artificial, humanismo tecnológico, filosofía de la tecnología, tecnocracia, nihilismo

Recibido: 21/12/2025

Aceptado: 24/03/2026

conflating technical correctness with democratic legitimacy. On the ethical level, the article maintains that the challenges posed by AI cannot be addressed exclusively through normative codes, but require a political critique of algorithmic reason capable of subjecting technology to the horizon of self-government, the common good, and democratic responsibility. The article concludes that the contemporary challenge does not consist in perfecting algorithms, but in preserving and strengthening the human capacity to decide, deliberate, and assume the uncertainty inherent in democratic life within an increasingly automated world.

Keywords: algorithms, artificial intelligence, technological humanism, philosophy of technology, technocracy, nihilism

Introducción

La expansión vertiginosa de la inteligencia artificial (IA) ha inaugurado una nueva etapa de la historia de la técnica, cuyas implicaciones exceden con creces el ámbito de la innovación tecnológica. Lo que en sus orígenes fue concebido como una extensión instrumental de la inteligencia humana se ha convertido hoy en un ecosistema planetario de datos, infraestructuras y algoritmos que configuran nuestra manera de pensar y vivir. La IA no es un fenómeno neutro ni meramente funcional: encarna una estructura de poder y de sentido que transforma las categorías mismas con las que nos comprendemos y explicamos el mundo. Lo que está en juego no es simplemente la eficacia del cálculo, sino la definición de lo humano y, cada vez más claramente, la redefinición misma de la vida democrática.

La tradición filosófica ha concebido la técnica de modos diversos: como prolongación del cuerpo, como mediación del pensamiento o como amenaza de deshumanización (Mazza, 2025). En la modernidad, sin embargo, la técnica se emancipa del horizonte de fines humanos y se convierte, como señalaría Heidegger (2006), en un modo de desocultamiento del ser que somete todo lo real a la lógica de la disponibilidad. La técnica no es simple-

mente una herramienta para resolver necesidades, sino un modo de ser del hombre que transforma el mundo y se transforma con él (Ortega y Gasset, 2014). Pero en la era de la inteligencia artificial, esa mutación alcanza un punto de no retorno: ya no se trata de instrumentos que amplifican nuestras capacidades, sino de sistemas que sustituyen, modelan y anticipan nuestras decisiones, incluidas las decisiones políticas que organizan lo común. La técnica ha pasado de ser un medio para convertirse en un entorno, en el marco silencioso dentro del cual se articula la experiencia democrática.

La IA es también una industria material de extracción planetaria que combina la explotación de datos, de energía y de trabajo humano. Este diagnóstico muestra que la IA constituye una forma de poder económico y político de alcance global, cuya racionalidad algorítmica reconfigura los vínculos entre conocimiento, vigilancia y poder. En este sentido, la inteligencia artificial no solo organiza el mundo –lo interpreta y lo representa–, sino que lo produce. Sus arquitecturas de datos se convierten en los nuevos mapas del poder contemporáneo, en los que la representación sustituye a la experiencia, y el cálculo reemplaza al juicio. Pero, además, esas arquitecturas se superponen al espacio público democrático, redefiniendo quién tiene voz, qué se vuelve visible y qué queda relegado a la invisibilidad (Crawford, 2023).

Es precisamente en este punto donde la cuestión democrática irrumpe con mayor fuerza. La IA no transforma solamente la estructura del poder, sino que modifica las condiciones de posibilidad del autogobierno. Una cosa es preguntarse cómo gobernar los algoritmos y otra, muy distinta, es preguntarse hasta qué punto los algoritmos pueden llegar a goberarnos. La llamada *gobernanza algorítmica* promete decisiones más objetivas, eficientes y rápidas, capaces de gestionar la complejidad social mejor que las instituciones humanas. Sin embargo, esa promesa encierra un riesgo específico para la democracia: la ilusión de que el debate y el conflicto político, la pluralidad de valores y la crítica social pueden ser sustituidos por un procedimiento técnico de optimización. Los algoritmos pueden ayudar a ejecutar objetivos, pero no pueden decidir qué objetivos debe perseguir una comunidad política ni qué concepción de justicia debe orientar sus decisiones (Innerarity, 2025).

El atractivo de la decisión algorítmica reside en su supuesta objetividad: los algoritmos se perciben como imparciales y ajenos a los sesgos ideológicos, lo que les otorga legitimidad como mediadores de conocimiento relevante. Pero esa objetividad es, al mismo tiempo, una construcción histórica y política. Trasladar a los algoritmos la autoridad de la decisión implica desplazar la responsabilidad desde sujetos visibles hacia infraestructuras opacas, lo que

puede erosionar la rendición de cuentas democrática. Lo que aparece como neutralidad técnica suele ocultar elecciones de diseño, definiciones de problemas y jerarquías de valores que no han sido públicamente discutidas.

Desde esta perspectiva, la promesa de la gobernanza algorítmica introduce una confusión profunda entre corrección técnica y legitimidad democrática. Los sistemas algorítmicos prometen decisiones eficientes y más rápidas, supuestamente objetivas, pero esa eficiencia no puede sustituir el fundamento normativo de la democracia. Como advierte Innerarity (2025), la legitimidad democrática no se basa en la calidad técnica de las decisiones, sino en el hecho de que estas sigan siendo atribuibles a la ciudadanía, incluso cuando resultan imperfectas. Una democracia no fracasa cuando se equivoca, sino cuando renuncia a decidir. El verdadero riesgo de la racionalidad algorítmica no es que tome malas decisiones, sino que tome decisiones demasiado *buenas* desde el punto de vista funcional, neutralizando el conflicto, la incertidumbre y la responsabilidad que constituyen el núcleo mismo de la política democrática.

Desde otro ángulo, Lassalle (2024) interpreta esta transición como el nacimiento de una “civilización artificial”, en la que el ser humano delega su autonomía cognitiva y moral a sistemas que aprenden sin comprender. El riesgo es que el proyecto humanista –fundado en la libertad, la dignidad y la responsabilidad– se disuelva en un horizonte nihilista donde el poder técnico se convierte en fin en sí mismo. La IA encarna, en esta lectura, una “voluntad de poder sin propósito”: una racionalidad instrumental que se emancipa de las finalidades humanas y que amenaza con vaciar de contenido la noción de ciudadanía. La democracia, entendida como gobierno de sujetos capaces de deliberar sobre el bien común, corre el riesgo de reducirse a una gestión automatizada de preferencias registradas digitalmente, en la que la voluntad política se confunde con el comportamiento trazado en la huella de datos.

Frente a este escenario, Adela Cortina (2024) propone una distinción decisiva: no se trata de construir una ética de las máquinas, sino de formular una ética de los humanos frente a las máquinas. La inteligencia artificial no es un agente moral, sino una construcción humana que refleja las decisiones y valores de quienes la programan, financian y utilizan. La pregunta ética esencial, entonces, no es qué valores debe tener la IA, sino qué valores deben guiar su creación y su uso en el marco de una sociedad democrática. Esto implica preguntarse qué tipo de ciudadanía queremos favorecer, qué grado de dependencia de los sistemas de recomendación consideramos aceptable y qué límites deben imponerse a la automatización de procesos decisorios que afectan derechos fundamentales.

En este contexto, la relación entre democracia e inteligencia artificial se convierte en un problema filosófico de primer orden. La promesa de la gobernanza algorítmica es que unos resultados óptimos nos permitan olvidarnos de los procedimientos; la promesa de la democracia, en cambio, es que los procedimientos –la deliberación, el voto, la participación– sean el camino legítimo para decidir sobre fines y valores, incluso a costa de decisiones imperfectas. Como señala Innerarity (2025), la legitimidad democrática no se funda en la corrección técnica de las decisiones, sino en el poder de decisión que conserva la ciudadanía, con independencia del buen o mal uso que haga de ese poder. Ningún dispositivo algorítmico puede eximirnos de la necesidad de decidir colectivamente.

Así, la inteligencia artificial se presenta como un fenómeno total –técnico, político, económico y simbólico– que exige repensar la condición humana en la era digital y, al mismo tiempo, repensar las categorías clásicas antropológicas y políticas. No basta con una ética aplicada ni con una regulación jurídica fragmentaria: se requiere una nueva filosofía política de la tecnología, capaz de iluminar las relaciones entre poder, libertad y verdad en un mundo donde las máquinas no solo obedecen órdenes, sino que las producen y priorizan.

La cuestión decisiva que introduce la inteligencia artificial no es, en primer lugar, técnica ni moral, sino antropológica y política: la progresiva externalización de la decisión humana. Como subraya Innerarity, el problema central de la razón algorítmica no reside en su potencia ni en su eventual falibilidad, sino en el desplazamiento estructural del acto de decidir fuera del ámbito de la deliberación humana y de la cadena democrática de responsabilidad. Allí donde las decisiones se automatizan, el juicio deja de ser una práctica situada, reflexiva y conflictiva, para convertirse en el resultado opaco de procedimientos que procesan datos sin comprender fines. Pero el juicio humano no es simplemente una operación funcional entre alternativas: es el acto por el cual una inteligencia finita se sitúa ante la realidad y responde a ella. En ese acto se entrelazan verdad y bien, conocimiento y responsabilidad. Sustituir el juicio no es solo alterar un procedimiento, sino afectar el modo mismo en que el ser humano se relaciona con lo real.

Teniendo en cuenta estas perspectivas críticas de autores contemporáneos, me propongo examinar este fenómeno desde tres ejes complementarios: la mutación antropológica que redefine la subjetividad humana; la estructura política y económica de la IA como forma de poder y como desafío específico a la democracia; y el horizonte ético que puede devolverle sentido a la inteligencia –humana y artificial– en la era de los algoritmos.

La mutación antropológica: el *Homo algorithmicus*

La historia de la técnica es, en cierto sentido, la historia de la autocomprensión del ser humano. Desde los mitos de Prometeo y Dédalo hasta la era digital, el hombre ha interpretado su propio poder creador como signo de su singularidad en el cosmos (Mazza, 2025). Sin embargo, la emergencia de la inteligencia artificial altera radicalmente este horizonte. Por primera vez, la técnica parece no solo prolongar nuestras capacidades, sino emular e incluso reemplazar la función más íntima del espíritu: pensar. No se trata ya de la fabricación de herramientas ni de la automatización de tareas mecánicas, sino de la generación de sistemas que aprenden, interpretan, clasifican, recomiendan y deciden. Lo que está en juego, entonces, es la definición misma de la inteligencia y, con ella, la identidad del sujeto que la ejerce (Pastorino, 2025).

Este desplazamiento tiene un alcance antropológico profundo porque reconfigura la estructura del actuar humano. Hannah Arendt distinguió en *La condición humana* (2015) tres actividades fundamentales: la labor, la obra y la acción. En esa tríada, el *Homo faber* aparece como la figura que da forma al mundo mediante la fabricación de objetos duraderos y, con ello, configura el espacio de lo humano. Pero en la era digital esa forma se desmaterializa: la producción ya no consiste principalmente en transformar la materia, sino en procesar información. El mundo se convierte en flujo de datos, y el sujeto –antes artesano, ciudadano o agente político– se disuelve en la condición de *usuario*: un nodo dentro de redes de cálculo y consumo. La realidad misma, mediada por algoritmos, se vuelve un entorno fabricado en tiempo real, donde la experiencia se sustituye por la predicción y donde la acción es reemplazada por la automatización de opciones (Han, 2021). Esta mediación no es neutra, porque el dato no es la realidad, sino una abstracción operativa de ella. Convertir lo real en dato implica una reducción ontológica: lo singular, lo contingente y lo cualitativo quedan subordinados a lo cuantificable. La inteligencia artificial no solo procesa datos; presupone una determinada ontología, en la que solo cuenta lo que puede ser formalizado. Esta reducción no es solo epistemológica: tiene consecuencias políticas directas, porque aquello que no puede ser formalizado tiende a quedar excluido de la decisión pública.

A nivel antropológico, a la vez que hemos moldeado a las máquinas, las mismas máquinas nos han moldeado a nosotros. El mundo construido por el ser humano, el mundo de las máquinas o los sistemas sociotécnicos, nos ha rediseñado en parte afectando a nuestras habilidades y dando forma a nuestros propios valores y creencias (Savulescu y Lara, 2021).

El ambiente tecnológico tiene sus propias dinámicas y su propia lógica, no ha reemplazado el ambiente *natural*, sino que lo ha transformado, lo ha reconfigurado totalmente:

La tecnología ya no es un medio, sino que es el Medio, el ambiente en el que vivimos. Se trata de un Medio porque, debido a su autorregulación y sus automatismos, se configura como algo independiente y en continua evolución, capaz de rodearnos y de crear siempre nuevos contextos para el ser humano... Las nuevas tecnologías interactúan con el ambiente que las rodea, respondiendo a estímulos que llegan a ellas y que modifican sus comportamientos de manera independiente. (Varela, 2022, p. 15)

Esta transformación supone un giro ontológico: la inteligencia artificial no solo actúa en el mundo, sino que redefine la realidad y qué significa actuar. La agencia humana, tradicionalmente concebida como fruto de deliberación, libertad y responsabilidad, es progresivamente desplazada por sistemas que anticipan decisiones antes incluso de que el sujeto las formule. Al delegar en las máquinas decisiones que afectan la vida social, económica y política, los individuos experimentan una pérdida de autonomía que no es meramente funcional, sino existencial. La IA no roba el trabajo humano, sino que reconfigura el sentido del actuar humano. La acción se convierte en reacción, el juicio en cálculo probabilístico, la voluntad en preferencia inducida. Esta es, precisamente, la mutación antropológica que caracteriza al *Homo algorithmicus*: un ser que vive bajo el régimen de la recomendación permanente, del perfilado continuo y de la automatización de sus propios deseos (Coeckelbergh, 2023).

Lasalle (2024) interpreta este desplazamiento como la entrada en una "civilización artificial", donde la inteligencia se emancipa del sujeto y el conocimiento se desliga de la experiencia. En ella, el ser humano ya no es el centro del proceso técnico, sino su subproducto. La autonomía de la razón técnica inaugura un tipo de nihilismo que ya no necesita destruir valores, porque los sustituye por procedimientos. Las categorías de libertad, responsabilidad o dignidad se ven progresivamente erosionadas por la lógica de la eficiencia y el rendimiento. El hombre actual parece cumplir la profecía heideggeriana: convertirse en *recurso* dentro del *Gestell*, el dispositivo técnico que organiza el mundo como reserva disponible. El riesgo es que el sujeto acabe naturalizando esta condición y perdiendo la conciencia de su propia instrumentalización (Heidegger, 2006).

Pero la mutación antropológica no se limita al ámbito interior o psicológico: tiene un impacto directo en las formas de vida democrática. La reduc-

ción del sujeto a *usuario* implica una pérdida de densidad política. El ciudadano, en lugar de ser un agente deliberativo capaz de juzgar y participar en lo común, puede convertirse en un receptor pasivo de recomendaciones algorítmicas que orientan su conducta electoral y su consumo informativo, y con ello su visión del mundo. Como señala Innerarity (2025), el *Homo algorithmicus* es un sujeto gobernado por información personalizada que filtra sus horizontes cognitivos y reduce la pluralidad democrática a un ecosistema de burbujas epistémicas. La subjetividad política queda así moldeada por arquitecturas digitales que definen qué aparece como relevante, qué se considera creíble y qué se percibe como verdadero. La mutación antropológica deviene, al mismo tiempo, mutación social y política.

Los sistemas algorítmicos, al personalizar la experiencia y optimizar los contenidos según perfiles, erosionan esa facultad de *ampliar la mentalidad*. El *Homo algorithmicus* ya no piensa con otros, sino dentro de un esquema de predicciones diseñado para maximizar su permanencia en plataformas. Lo que se pierde no es solo el tiempo de reflexión, sino la estructura misma del pensar compartido que sostiene la vida pública. Sin juicio ampliado, la democracia se debilita.

La delegación del juicio a sistemas algorítmicos implica, además, una pérdida de la experiencia reflexiva. El sujeto se acostumbra a recibir decisiones preprocesadas: qué leer, qué ver, qué opinar, qué votar. Esta externalización del juicio produce una subjetividad disminuida, donde la libertad se confunde con la facilidad y la autonomía con la comodidad. Pero, como se advierte, la democracia no consiste en obtener respuestas rápidas, sino en asumir la incertidumbre y la responsabilidad que conllevan las decisiones colectivas. La mutación antropológica hacia el *Homo algorithmicus* puede, por tanto, convertirse en una mutación antidemocrática si la sociedad renuncia al esfuerzo del pensar crítico y entrega sus decisiones al automatismo técnico.

En este punto resulta iluminador recuperar la filosofía de la técnica de Gilbert Simondon, quien advirtió tempranamente que el conflicto moderno entre el humanismo y la técnica se funda en un malentendido profundo. Para Simondon (2008), el objeto técnico no es un simple instrumento neutral ni una amenaza autónoma frente al ser humano, sino una realidad portadora de sentido humano cuya génesis y funcionamiento sólo pueden comprenderse si se la reintegra al horizonte de la cultura. La alienación contemporánea no proviene del exceso de técnica, sino del desconocimiento de su modo de existencia: cuando la sociedad ignora la lógica interna de los sistemas técnicos, los transforma en fetiches –ya sea idolatrándolos como soluciones

infallibles o demonizándolos como fuerzas deshumanizantes– y abdica de su función mediadora. En este sentido, la técnica no sustituye al juicio humano, sino que exige una forma más exigente de responsabilidad: el ser humano no está llamado a dominar ni a someterse a los sistemas técnicos, sino a ejercer una mediación reflexiva que preserve un margen de indeterminación, condición misma de la decisión, del sentido y de la vida democrática.

Esta mutación no es un destino inevitable, ya que el desafío contemporáneo consiste en preservar la autonomía moral y la responsabilidad en medio del poder de los sistemas inteligentes. Frente a la fascinación tecnocrática, se requiere una nueva antropología filosófica que recupere la conciencia del límite y la dignidad de la decisión humana (Pastorino, 2025). Comprender la IA no solo como herramienta ni como amenaza, sino como espejo: una construcción que refleja lo mejor y lo peor de la humanidad. Si el *Homo algorithmicus* es un riesgo, también puede ser una oportunidad para repensar lo humano en clave de cooperación.

La inteligencia artificial contemporánea no constituye una alteridad autónoma que amenaza a la humanidad desde fuera, sino, como bien lo expresa Shannon Vallor (2024), un *espejo* que refleja, amplifica y rigidiza patrones de pensamiento, valores y prácticas humanas ya existentes; el riesgo decisivo es que, al delegar en ese espejo nuestra autocomprensión y nuestras decisiones, perdamos agencia, juicio moral y capacidad de imaginar futuros distintos.

En última instancia, el futuro de esta mutación antropológica dependerá de si el ser humano logra reconocerse todavía como persona y como sujeto de derechos, no como datos y objeto de cálculo; como ser capaz de verdad y de sentido, no como engranaje de un sistema que lo calcula todo. La defensa de la democracia pasa, entonces, por la defensa del sujeto capaz de juicio. Y esa defensa exige comprender la inteligencia artificial no solo como un desafío técnico, sino como un desafío antropológico radical.

Con los diferentes sistemas de IA la humanidad se está dotando a grandes pasos de un órgano de prescindencia de ella misma, de su derecho a decidir con plena conciencia y responsabilidad las elecciones que la involucran. Toma forma un estatuto antropológico y ontológico inédito que ve cómo la figura humana se somete a las ecuaciones de sus propios artefactos con el objetivo prioritario de responder a intereses privados y de instaurar una organización de la sociedad en función de criterios principalmente utilitaristas (Sadin, 2020).

Para comprender en su raíz este desplazamiento, resulta necesario precisar qué entendemos por inteligencia y por su relación con la realidad. En esta compleja cuestión nos resulta fecundo recuperar la reflexión de Xavier

Zubiri, para quien la técnica no aparece como mera aplicación instrumental de un saber previo, sino como un momento constitutivo del modo humano de estar en la realidad. El saber técnico surge del trato originario con las cosas en tanto que reales y no puede desligarse de la inteligencia que las aprehende como “de suyo” (Zubiri, 2007). Precisamente por eso, la técnica no exonera al ser humano del juicio, sino que lo compromete aún más profundamente con él: cuando la mediación humana se diluye y la técnica se absolutiza, se produce una forma de alienación que no proviene del exceso de poder técnico, sino de la ruptura entre inteligencia y realidad (Zubiri, 2011). Desde este horizonte, el problema contemporáneo de la inteligencia artificial no radica tanto en su capacidad operativa cuanto en la tentación de sustituir el juicio humano por procesos que, aunque eficientes, carecen de acceso propio a la realidad que pretenden gobernar.

Poder, control y desigualdad: la IA como infraestructura política

Si la inteligencia artificial reconfigura la autocomprensión del ser humano, también redefine la naturaleza del poder. En la modernidad, el poder político se articuló en torno al control de los cuerpos, los territorios y los discursos. En la era digital, en cambio, ese control se desplaza al ámbito del dato: la soberanía ya no se ejerce únicamente por la coerción o la ley, sino mediante la infraestructura tecnológica que estructura lo visible, lo pensable y lo posible. Como advierte Kate Crawford (2023), la IA no flota en la nube: está encarnada en redes físicas de extracción, trabajo y energía que constituyen una nueva cartografía del poder global. Esta materialidad –hecha de minas de litio, centros de datos, cables submarinos y trabajo precario– sostiene una industria cuya aparente neutralidad algorítmica oculta una economía política de la información. Los datos, obtenidos de las acciones, hábitos y emociones humanas, se convierten en el nuevo capital del siglo XXI y, con ello, en instrumento decisivo de poder.

Sin embargo, el poder de la IA no se limita a la apropiación económica de datos. La IA no opera meramente como instrumento político, sino que produce lo político: crea las condiciones de posibilidad del ejercicio del poder contemporáneo. Desde la vigilancia masiva hasta la manipulación informativa, la IA articula un régimen de visibilidad y de control que transforma las nociones clásicas de libertad, igualdad y justicia. Las técnicas de perfilado, recomendación y predicción no se limitan a describir comportamientos: los moldean. El algoritmo no observa el mundo: lo normativiza. Determina

qué se presenta como relevante, qué se oculta y qué se interpreta como verosímil. En este sentido, la IA no solamente gobierna objetos, sino sujetos.

Este desplazamiento tiene implicaciones decisivas para la democracia. El poder algorítmico introduce una lógica que opera por *efectos* más que por *mandatos*. Así como Foucault explicó la transición del poder soberano al disciplinario y de este al biopoder, la IA inaugura una nueva fase: la del datapoder. En él, los algoritmos actúan como dispositivos biopolíticos que gestionan poblaciones mediante la predicción y la prevención. No necesitan imponer normas explícitas: basta con orientar las condiciones de posibilidad de la conducta. Como sugiere Byung-Chul Han (2021), el sujeto contemporáneo se somete voluntariamente al poder digital, confundiendo la transparencia con la libertad. La dominación adopta la forma de la participación, y la vigilancia se interioriza como comodidad (Han, 2022).

La economía de la atención se convierte, así, en el nuevo terreno de la batalla política. Las plataformas tecnológicas no solo concentran riqueza, sino también la capacidad de definir lo real. La experiencia humana se transforma en materia prima para el lucro predictivo, donde cada interacción –un clic, una pausa, un desplazamiento de pantalla– alimenta modelos de comportamiento que retornan a los sujetos en forma de persuasión personalizada. Lo que antes eran públicos informados, ahora son perfiles segmentados; lo que antes era deliberación, ahora es optimización; lo que antes era voluntad política, ahora es comportamiento inducido. La democracia se reduce, así, a una arquitectura algorítmica en la que los ciudadanos devienen *usuarios gestionados* de su propia subjetividad.

A esta concentración de poder se suma otro fenómeno de gran relevancia: la creciente legitimidad de la *decisión automatizada*. Como subraya Innerarity (2025), el riesgo no consiste solo en que los algoritmos influyan en la opinión pública o en los procesos electorales, sino en que se conviertan en *árbitros legítimos* de decisiones públicas. El atractivo de la gobernanza algorítmica reside en su promesa de objetividad: los algoritmos se presentan como imparciales, eficientes y técnicamente superiores a la deliberación humana. Sin embargo, la *objetividad* de un algoritmo es siempre el producto de decisiones políticas previas: cómo se define el problema, qué variables se seleccionan, qué patrones se privilegian, qué efectos colaterales se aceptan como inevitables. La idea de que el algoritmo *decide mejor* que la ciudadanía encubre un desplazamiento de responsabilidad que erosiona la legitimidad democrática. Los algoritmos pueden optimizar medios, pero no pueden legitimar fines.

La democracia no se justifica porque produzca siempre buenas decisiones, sino porque distribuye el poder de decidir entre quienes están afectados por ellas. Sin embargo, esa distribución no convierte en justo cualquier resultado: la participación no inmuniza frente al error moral ni legitima por sí sola decisiones que lesionan bienes básicos o derechos fundamentales. La legitimidad política, por tanto, no puede reducirse ni a la calidad técnica de las decisiones ni a su mera procedencia participativa: se juega en la tensión –nunca resuelta de una vez– entre participación, verdad práctica y orientación al bien común. Desde aquí, la sustitución de la deliberación por la automatización constituye una amenaza específica: no solo tecnifica la política, sino que debilita el ejercicio ciudadano del juicio moral, como si la corrección de las decisiones pudiera delegarse en sistemas más eficientes. Pero la eventual mayor solvencia predictiva de la IA no suprime el núcleo del problema: la determinación de lo justo y lo bueno no es reducible a cálculo. Una democracia convertida en gestión algorítmica no solo pierde su carácter de espacio de conflicto legítimo y pluralidad, sino también su función más exigente: la de sostener colectivamente la responsabilidad por decisiones que pueden ser erróneas y, precisamente por eso, deben seguir siendo humanas.

El problema se agrava cuando consideramos que las infraestructuras algorítmicas están controladas por un pequeño número de corporaciones tecnológicas que operan con una lógica transnacional. Como explica Crawford (2023), estas empresas funcionan como nuevos soberanos globales, capaces de imponer normativas, lenguajes y valores que trascienden las fronteras estatales. Su poder no es solo económico: es epistémico y normativo. Determinan qué cuenta como conocimiento, qué se considera evidencia y qué se interpreta como verdad. En este sentido, el poder algorítmico introduce una asimetría radical: mientras los ciudadanos son transparentes ante los sistemas de vigilancia, las grandes plataformas permanecen opacas ante los mecanismos democráticos de control.

En esta nueva arquitectura del poder, la política se tecnifica; la ética se externaliza en los protocolos de diseño; y la responsabilidad se diluye entre programadores, instituciones y máquinas. El discurso sobre la *inteligencia artificial responsable* corre el riesgo de convertirse en un eufemismo que maquilla esta concentración de poder. Coeckelbergh (2023) insiste en que la IA no es una herramienta neutral que deba ser *bien utilizada*: es una tecnología intrínsecamente política, porque reconfigura las relaciones entre gobernantes y gobernados, entre productores y consumidores, entre sujetos y sistemas. Su poder no reside solo en lo que hace, sino en lo que impide pensar:

la naturalización de una racionalidad algorítmica que sustituye el conflicto político por la gestión técnica. En la medida en que el mundo se automatiza, también lo hace el pensamiento.

Frente a esta transformación, la tarea filosófica consiste en desvelar las condiciones de posibilidad del poder digital y en recuperar la dimensión pública del juicio. La política del algoritmo no es el fin de la política, sino su desplazamiento hacia esferas opacas donde la rendición de cuentas se vuelve borrosa. Retomar el pensamiento crítico en la era de la IA implica reabrir el espacio de la libertad frente a la eficacia, y del sentido frente al cálculo. Solo una ciudadanía consciente de las estructuras técnicas que la configuran podrá ejercer, nuevamente, su derecho a decidir sobre el mundo común y a resistir la tentación tecnocrática de delegar su autogobierno en sistemas automatizados.

El nihilismo tecnológico y la pérdida del sentido

El avance de la inteligencia artificial no solo plantea interrogantes éticos o políticos, sino también metafísicos. En su trasfondo, la IA encarna la culminación de un proceso histórico que Heidegger (2006) había diagnosticado como el destino de la técnica moderna: el tránsito de la verdad como desocultamiento (*aletheia*) a la verdad como cálculo y disponibilidad. Cuando todo lo real se concibe como recurso, cuando el mundo se reduce a un conjunto de datos procesables, el ser mismo se vuelve superfluo. La técnica, que nació como prolongación del pensamiento, se convierte así en su sustituto. Y con ello, el pensamiento deja de preguntar por el sentido del ser para limitarse a optimizar su rendimiento. En esta lógica, el hombre corre el riesgo de olvidar su propia humanidad, absorbido por el poder anónimo de sus creaciones.

La inteligencia artificial profundiza este proceso hasta alcanzar una intensidad inédita. Por primera vez en la historia técnica, ya no es solo el mundo el que se presenta como recurso disponible: es la propia subjetividad humana la que aparece como conjunto de datos analizables, modelizables y, en última instancia, gobernables. La interioridad se exterioriza en patrones; el misterio del sujeto se traduce en probabilidades. En esta reducción, la complejidad de la vida humana –sus motivaciones, ambigüedades, decisiones y contradicciones– queda codificada en estructuras algorítmicas que pretenden representar, anticipar y orientar la conducta. La voluntad de saber se convierte en voluntad de controlar; la pregunta por el sentido se transforma en búsqueda de eficiencia. Así se consume el nihilismo técnico: no la negación de la verdad, sino su sustitución por el cálculo.

Lassalle (2024) interpreta este fenómeno como la expresión más evidente del nihilismo tecnológico contemporáneo. Su noción de “civilización artificial” no designa únicamente la proliferación de sistemas inteligentes, sino la disolución del espíritu en la lógica maquina. En este contexto, el ser humano se ve tentado a renunciar a la incertidumbre constitutiva de la existencia –esa apertura a lo imprevisible que hace posible la experiencia del sentido– para abrazar la seguridad del control total. Pero esa seguridad es ilusoria: el precio que se paga por ella es la pérdida de la interioridad, de la libertad y de la responsabilidad. La perfección técnica exige sacrificar la imperfección humana, y con ella la posibilidad misma de la verdad.

La IA, en este sentido, radicaliza la tendencia descrita por Nietzsche como la muerte de Dios, al sustituir la trascendencia por la funcionalidad. Si el nihilismo clásico consistía en la pérdida de los valores supremos, el nihilismo tecnológico consiste en la sustitución de cualquier horizonte de sentido por la operatividad del sistema. La inteligencia artificial promete omnisciencia y omnipotencia, pero al precio de la desaparición del sujeto. Ya no se trata simplemente de que la razón técnica pretenda dominar el mundo: pretende administrar el misterio, transformar lo imprevisible en predecible, lo singular en estadístico, lo inefable en procesable. En este proceso, el mundo se empobrece porque nada queda fuera del control.

Los algoritmos no imponen dogmas: ofrecen sugerencias; no exigen obediencia, sino que proponen opciones; no obligan a dejar de pensar, sino que piensan *por* el sujeto. El juicio no se suprime por la violencia, sino por la comodidad del automatismo. Pero la acumulación de recomendaciones configura un horizonte cerrado de posibilidades, un mundo donde el pensamiento ya no es necesario. La experiencia humana, mediada por pantallas y procesada por sistemas de recomendación, se transforma en un simulacro continuo: se vive lo que los algoritmos anticipan que debe vivirse.

Este empobrecimiento de la experiencia tiene consecuencias políticas profundas. Sin la experiencia interior del juicio, sin la capacidad de interrumpir el flujo automatizado de estímulos, la participación democrática se debilita. La deliberación requiere pausa, incertidumbre, diálogo y conciencia de la pluralidad; pero el entorno algorítmico favorece la inmediatez y la homogeneidad, encerrándonos en burbujas de personalización extrema. La democracia se sostiene en la tensión entre distintas interpretaciones del mundo, pero el nihilismo tecnológico tiende a aplanar esa diversidad en función de la *eficiencia informativa*. Allí donde la democracia exige conflicto legítimo, la IA propone optimización.

Lassalle observa que este vaciamiento de sentido tiene una raíz espiritual: la antigua tentación prometeica de superar la fragilidad humana asumiendo un poder sin límites. La IA, en tanto instrumento de control integral, representa la culminación de ese impulso. Pero lejos de divinizar al ser humano, lo vacía: la técnica no solo multiplica las posibilidades de acción, sino también la desorientación. En lugar de emancipar, encadena; en lugar de ampliar la libertad, la sustituye por la posibilidad infinita de elegir sin propósito. La vida se llena de opciones, pero se vacía de orientaciones. En términos heideggerianos, la técnica moderna no destruye el sentido: lo suspende en un horizonte de pura disponibilidad, donde nada resiste y, por tanto, nada significa.

Sin embargo, frente a esta deriva nihilista, la tradición filosófica ofrece una vía alternativa: la recuperación del pensar meditativo. Heidegger distinguía entre el pensar calculador –propio de la técnica, orientado al rendimiento y la utilidad– y el pensar meditativo, que busca comprender el ser, abrir espacios de sentido y acoger la realidad en su misterio. Este pensar no se opone a la técnica, sino que la sitúa en un horizonte más amplio: el de la verdad, la finitud y la responsabilidad.

La inteligencia artificial nos confronta, por tanto, con una decisión espiritual. O bien optamos por una civilización perfecta, donde el error es eliminado al precio de la libertad, o bien optamos por una civilización humana, en la que la fragilidad se reconoce como condición de posibilidad del sentido. Como señala Lassalle, el dilema no es técnico, sino metafísico: entre un mundo completamente calculable y un mundo abierto a la verdad.

En última instancia, la defensa del sentido no es un lujo filosófico, sino una necesidad política. Sin sentido, no hay juicio; sin juicio, no hay deliberación; sin deliberación, no hay democracia. La lucha contra el nihilismo tecnológico es, por tanto, inseparable de la defensa de la libertad política. Resistir la tentación del automatismo es defender la dignidad humana. Y en esa resistencia se juega, como diría Arendt, la supervivencia misma de la condición humana.

Ética y responsabilidad: hacia una inteligencia verdaderamente humana

Si la inteligencia artificial ha modificado el horizonte antropológico y político de la modernidad, la tarea que resta es eminentemente ética: cómo reconducir el poder técnico hacia una racionalidad moral. La técnica, como observó Ortega y Gasset (2014, p. 120), es una prolongación de la vida humana, y por

tanto comparte su ambigüedad radical: puede liberar o esclavizar, elevar o degradar, ampliar horizontes o clausurarlos, según el sentido que se le otorgue. La cuestión decisiva no es lo que las máquinas pueden hacer, sino lo que los seres humanos deben hacer con ellas. Esta es la pregunta que Adela Cortina (2024) coloca en el centro de su propuesta: la ética de la inteligencia artificial no es la ética de las máquinas, sino la ética de los humanos frente a las máquinas.

Cortina distingue dos modos de pensar la relación entre moralidad y tecnología. El primero, propio del imaginario tecnocrático, concibe la moral como un conjunto de algoritmos programables: bastaría con insertar valores en el código para producir decisiones éticas. Este enfoque –ilustrado en los célebres debates sobre *los dilemas morales* de los vehículos autónomos– reduce la ética a una ingeniería del comportamiento y considera que el problema moral consiste en elegir la salida estadísticamente óptima. Sin embargo, advierte Cortina, esa visión confunde obediencia con responsabilidad. Los sistemas de IA pueden ejecutar reglas, pero no comprender razones; pueden simular decisiones, pero no asumirlas. La responsabilidad ética requiere conciencia, libertad y deliberación: dimensiones que no pueden codificarse, porque pertenecen al orden de la interioridad moral y al reconocimiento del otro como alguien que interpela.

El segundo enfoque, más propiamente filosófico, concibe la ética de la IA como una autolimitación racional del poder técnico y una educación de la conciencia moral. No se trata de codificar normas en los sistemas, sino de cultivar sujetos capaces de orientar la técnica según criterios de justicia. La ética no consiste en decidir qué deben hacer las máquinas, sino en decidir qué tipo de humanidad queremos promover mediante ellas. De ahí que Cortina reivindique una ética cívica que integre el conocimiento tecnológico en el horizonte de la dignidad humana y del bien común. La cuestión, afirma, no es si las máquinas deben ser éticas, sino si los seres humanos sabrán seguir siéndolo cuando las máquinas decidan por ellos.

La reflexión ética no puede limitarse, sin embargo, a la dimensión individual. El ecosistema algorítmico es una red distribuida de decisiones estructurales que involucran a programadores, empresas, Estados, instituciones internacionales y usuarios. Se necesita una ética de la información que conciba el mundo digital como un espacio moral compartido. Toda acción –humana o algorítmica– genera efectos en red que deben ser considerados. Diseñar un algoritmo implica tomar decisiones ontológicas (qué cuenta como *dato*), epistemológicas (qué se considera *conocimiento*), y políticas (qué se prioriza, qué se descarta, qué se optimiza). La neutralidad tecnológica es una ilusión: toda arquitectura algorítmica expresa una visión del mundo.

De ahí la necesidad de una ética capaz de asumir esta interdependencia y ampliar la responsabilidad más allá de la intención subjetiva.

Exigir mayor responsabilidad en el uso de la inteligencia artificial requiere de tres principios fundamentales a tener en cuenta: transparencia, equidad y rendición de cuentas (Cortina, 2024).

Transparencia, entendida como inteligibilidad de los procesos de decisión algorítmica. La opacidad no solo dificulta la comprensión técnica, sino que amenaza la legitimidad democrática, al impedir que los ciudadanos puedan cuestionar, evaluar o corregir las decisiones automatizadas.

Equidad, que exige reconocer y corregir los sesgos que perpetúan discriminaciones históricas. La IA puede reproducir –o intensificar– desigualdades estructurales si se entrena con datos sesgados o si prioriza patrones estadísticos que refuerzan estigmas.

Rendición de cuentas, que implica determinar con claridad quién es moral y legalmente responsable de los resultados de la IA. Sin una clara rendición de cuentas, la responsabilidad se diluye en la cadena técnica y nadie responde por los daños producidos.

Este triple principio no pretende humanizar las máquinas, sino humanizar el ecosistema tecnológico: volver a situar la técnica dentro del horizonte de la justicia y del derecho. La IA responsable no es un catálogo de buenas prácticas, sino un proyecto político que exige instituciones capaces de fiscalizar, auditar y corregir sistemas cuyo impacto afecta derechos fundamentales.

Pero la responsabilidad ética tiene un fundamento más profundo, que remite a la noción misma de inteligencia. Pensar no es solo calcular, porque la inteligencia humana no es primariamente una facultad de procesamiento, sino un modo de estar en la realidad (Zubiri, 2011). No se limita a operar con representaciones, sino que se constituye en la aprehensión de lo real en cuanto real. Por eso, su acto propio no es la predicción, sino el reconocimiento: reconocer lo que las cosas son y, desde ahí, orientar la acción. Reducir la inteligencia a cálculo implica, en último término, reducir la realidad misma a lo calculable. La inteligencia humana es inseparable del sentido: no busca la maximización del rendimiento, sino la comprensión de la verdad. Por ello, ninguna inteligencia artificial –por más poderosa que sea– puede sustituir la capacidad humana de responder moralmente ante los otros. La ética de la IA debe recordar que el ser humano no es solo un sistema que decide, sino un ser que responde: responde al otro, a la verdad y al mundo.

La predicción no equivale a conocimiento. Predecir es extrapolar regularidades; conocer es acceder a lo que las cosas son. La inteligencia artificial

puede anticipar comportamientos, pero no comprender su sentido. Y sin comprensión del sentido, no hay posibilidad de verdad, ni de justicia.

Esta perspectiva tiene una consecuencia política inmediata. La ética de la IA no puede descansar exclusivamente en la prudencia individual: requiere instituciones robustas, normas claras y una cultura democrática que valore la reflexión, la deliberación y el juicio. El poder algorítmico solo puede regularse desde una concepción amplia del bien común, que articule derechos, responsabilidades y mecanismos de control. La democracia no puede delegar completamente sus decisiones en sistemas automáticos sin perder su fundamento. La responsabilidad –individual, corporativa y estatal– debe ser entendida como un ejercicio de vigilancia recíproca.

En este sentido, la ética de la IA se vincula estrechamente con la necesidad de una gobernanza democrática de la tecnología. Ello implica: límites a la automatización de decisiones públicas que afecten derechos fundamentales; auditorías externas obligatorias para sistemas de alto impacto; participación ciudadana en el debate sobre fines y usos de la IA; instituciones independientes capaces de supervisar algoritmos utilizados por Estados y corporaciones; transparencia radical en los procesos de entrenamiento, validación y despliegue de modelos y una educación crítica que permita a los ciudadanos comprender el alcance de los sistemas que los afectan.

Sin estas condiciones, la IA corre el riesgo de convertirse en un dispositivo tecnocrático que vacíe de contenido la democracia, transformando la política en un conjunto de procedimientos optimizables y a los ciudadanos en meros usuarios gestionados.

Por ello, el desafío no consiste en domesticar la técnica –como si fuera exterior a lo humano–, sino en reintegrarla en el ámbito del bien común. La ética contemporánea se juega en esa integración: no se trata de limitar el poder de la IA por miedo, sino de orientarlo por justicia. Como advierte Cortina (2024), el progreso técnico sin progreso moral es regresión: una expansión del poder sin orientación hacia el bien. La inteligencia verdaderamente humana será aquella capaz de recordar que la perfección técnica no sustituye la sabiduría y que ninguna máquina puede pensar en lugar del corazón. La responsabilidad ética no es un freno al avance tecnológico, sino su condición de posibilidad más alta: sin responsabilidad, no hay libertad; sin libertad, no hay humanidad.

Este diagnóstico permite comprender por qué una aproximación meramente normativa a la inteligencia artificial resulta insuficiente. Innerarity sostiene que los códigos éticos, aun siendo necesarios, corren el riesgo de convertirse en un acompañamiento inofensivo de procesos tecnológicos que permanecen

intactos en su lógica estructural. El desafío que plantea la inteligencia artificial es, antes que normativo, conceptual: exige interrogar el tipo de racionalidad que introduce, las formas de poder que habilita y las transformaciones que produce en las prácticas democráticas. No se trata solo de regular usos o mitigar daños, sino de someter la razón algorítmica a una crítica política capaz de esclarecer quién decide, cómo se decide y bajo qué criterios de legitimidad en sociedades crecientemente automatizadas. Sin esta crítica, la ética corre el riesgo de moralizar los efectos sin cuestionar las condiciones que los hacen posibles.

El futuro de lo humano: humanismo tecnológico

Toda época que ha transformado sus instrumentos ha transformado también su idea del ser humano. En este sentido, la inteligencia artificial no representa solo un cambio técnico, sino un acontecimiento civilizatorio: la irrupción de una forma de racionalidad que pone en cuestión las bases mismas del humanismo moderno. Si el siglo XIX fue la era del *Homo faber* y el XX la del *Homo economicus*, el XXI parece inaugurar el tiempo del *Homo algorithmicus*: un ser que delega su capacidad de juicio en sistemas de cálculo, que confunde el conocimiento con la predicción y que se comprende a sí mismo a través de las lógicas de optimización que estructuran el mundo digital. La pregunta filosófica decisiva no es qué harán las máquinas, sino qué quedará del hombre cuando ya no piense por sí mismo (Bertolaso y Marcos, 2023).

A lo largo de este artículo hemos visto que la inteligencia artificial actúa simultáneamente como problema antropológico, político y ético. En el plano antropológico, disuelve los límites de la subjetividad y redefine la experiencia humana como flujo de datos: nuestras acciones, preferencias y deseos son convertidos en insumos para modelos predictivos que moldean la percepción del mundo. El peligro es claro: que la reflexión sea sustituida por la reacción y la deliberación por la recomendación. Sin la capacidad de detenerse, dudar, ponderar y juzgar, el sujeto corre el riesgo de perder el núcleo de su humanidad.

En el plano político, la IA instituye una nueva forma de poder que combina vigilancia, manipulación y control. Pero más aún: redefine el espacio público, altera los procesos de formación de opinión y erosiona la legitimidad de la deliberación democrática. La promesa tecnocrática de decisiones *más objetivas* o *más eficientes* puede seducir a sociedades cansadas del conflicto político, pero corre el riesgo de transformar la democracia en una arquitectura algorítmica donde la ciudadanía se reduce a comportamiento gestionado. La seducción del automatismo es poderosa.

En el plano ético, la IA plantea la urgencia de un nuevo horizonte de responsabilidad capaz de someter la técnica al servicio de la vida y la dignidad de las personas y no al revés. La perfección del cálculo no puede sustituir la búsqueda del bien, porque el bien no es una función que se optimiza sino una verdad que se discierne: en comunidad, con otros, en diálogo y desde la fragilidad compartida. Las máquinas pueden ayudarnos a ver patrones, pero no pueden decirnos que vale la pena vivir, qué es justo, qué es humano. Esa tarea sigue siendo indelegable.

La pregunta que atraviesa estos tres niveles es, en última instancia, una pregunta sobre el sentido. Como recordaba Heidegger (2006), la técnica no es mala ni buena en sí misma: es peligrosa, porque amenaza con hacernos olvidar la pregunta por el ser. Del mismo modo, la IA no destruye lo humano por su capacidad de cálculo, sino por la tentación de que dejemos de pensar. Su mayor amenaza no es la rebelión de las máquinas, sino la rendición del espíritu humano ante la comodidad del automatismo. El peligro no es la superinteligencia artificial, sino la subinteligencia moral de una humanidad que abdica de su libertad por la promesa de eficiencia infinita.

Frente a ello, el pensamiento humanista debe recuperar su vocación originaria: pensar la técnica desde la vida y para la vida. Esto implica reabrir el espacio del juicio, de la deliberación y del sentido compartido. Implica recordar que la política no es un problema técnico, sino un ejercicio de responsabilidad moral entre sujetos libres. La IA puede mejorar procedimientos, pero no puede sustituir el conflicto legítimo entre visiones del bien. La democracia no necesita algoritmos perfectos, sino ciudadanos capaces de resistir la tentación de delegar sus decisiones en sistemas automáticos. La defensa de la democracia es, en última instancia, la defensa del sujeto.

Si el poder de la IA se funda en la concentración del conocimiento, su límite debe encontrarse en la distribución de la sabiduría. Si la técnica amenaza con deshumanizar el mundo, la respuesta consiste en humanizar la técnica: orientarla a fines que dignifiquen, protejan y amplíen la libertad. La ética, entendida como cuidado del mundo común, no puede reducirse a protocolos; debe restituir la dimensión política de la responsabilidad. Como propone Adela Cortina (2024), la inteligencia humana debe ser capaz de mirar más allá de la utilidad y reconocer que ningún progreso técnico compensa la pérdida de la dignidad moral.

El futuro de lo humano dependerá, entonces, de nuestra capacidad para transformar la fascinación por la inteligencia artificial en conciencia de la inteligencia humana. No se trata de competir con las máquinas, sino de re-

cordar lo que ellas no pueden hacer: amar, perdonar, crear sentido, asumir responsabilidad, dar testimonio de la verdad. Lassalle (2024) ha señalado que la gran encrucijada de nuestro tiempo no es técnica sino espiritual: decidir si queremos una civilización perfecta o una civilización humana. La perfección técnica promete un mundo sin error, pero también sin libertad. La humanidad imperfecta, en cambio, conserva la posibilidad de la verdad, porque en su vulnerabilidad habita el asombro que da origen a todo pensamiento.

El porvenir no está escrito en los algoritmos, sino en las decisiones que tomemos sobre ellos. Solo una filosofía pública de la tecnología –capaz de dialogar con la ciencia y la política desde el horizonte de la ética y del sentido– podrá evitar que la IA se convierta en una nueva forma de dominación. Tal como escribió Ortega (2014), el hombre “no tiene naturaleza, sino historia”: está llamado a rehacerse en cada época. En la nuestra, su tarea consiste en reaprender a ser humano en un mundo de máquinas.

La cuestión decisiva no es si las máquinas pueden pensar, sino si nosotros dejaremos de hacerlo en el sentido más profundo: dejar de pensar no es dejar de calcular, sino dejar de preguntarnos por la verdad de lo real y por el bien de nuestras acciones. Allí donde esa pregunta desaparece, no solo se debilita la democracia: se empobrece la condición humana misma.

Referencias

- Arendt, H. (2010). *La vida del espíritu*. Paidós.
- . (2015). *La condición humana* (M. Sacristán, trad., 6a. ed.). Paidós.
- Bertolaso, M. y Marcos, A. (2023). *Umanesimo tecnologico. Una riflessione filosofica sull'intelligenza artificiale*. Carocci Editore.
- Carr, N. (2014). *Atrapados. Cómo las máquinas se apoderan de nuestras vidas*. Taurus.
- Coeckelbergh, M. (2021). *Ética de la inteligencia artificial*. Cátedra.
- . (2023). *Filosofía política de la inteligencia artificial: Una introducción*. Cátedra.
- . (2024). *Por qué la IA debilita la democracia y qué hacer al respecto*. Cátedra.
- Cortina, A. (2024). *¿Ética o ideología de la inteligencia artificial?* Paidós.
- Costa Rugnitz, N. (2025). *Tecno-productividad: Notas sobre lo digital en el horizonte de la Inteligencia Artificial Generativa*. Taurus.
- Crawford, K. (2023). *Atlas de inteligencia artificial: Poder, política y costos planetarios* (F. Díaz Klaassen, trad.). Taurus.
- Daston, L. & Galison, P. (2010). *Objectivity*. Princeton University Press.
- Gómez Pin, V. (2025). *El ser que cuenta: La disputa por la singularidad humana*. Acantilado.

- Han, B.-Ch. (2021). *No-cosas: quiebras del mundo de hoy*. Penguin Random House.
- . (2022). *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Taurus.
- Heidegger, M. (2006). La pregunta por la técnica. En *Conferencias y artículos* (E. Barjau, trad.). Serbal.
- Innerarity, D. (2025). *Una teoría crítica de la inteligencia artificial*. Galaxia Gutenberg.
- Lasalle, J. M. (2019). *Cyberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Arpa.
- . (2024). *Civilización artificial*. Arpa.
- Ortega y Gasset, J. (2014). *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica y otros ensayos*. Alianza.
- Mazza, J. (2025). *Somos tecnología: Exploración filosófica del paisaje humano-técnico*. Taurus.
- Pastorino, M. (2025). *Pensar en la era de las máquinas: ¿Por qué la filosofía es inevitable?* Taurus.
- Sadin, E. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra.
- . (2022). *La era del individuo tirano. El fin del mundo común*. Caja Negra.
- . (2024). *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas*. Caja Negra.
- Savulescu, J. y Lara, F. (2021). *Más que humanos. Biotecnología, inteligencia artificial y ética de la mejora*. Tecnos.
- Sigman, M. y Bilinkis, S. (2023). *Artificial. La nueva inteligencia y el contorno de lo humano*. Penguin Random House.
- Simondon, G. (2008). *El modo de existencia de los objetivos técnicos*. Prometeo.
- Vallor, S. (2024). *The AI Mirror: How to Reclaim our Humanity in an Age of Machine Thinking*. Oxford University Press.
- Varela, L. (2022). *Espejos: filosofía y nuevas tecnologías*. Herder.
- Zubiri, X. (2007). *Sobre el hombre*. Alianza.
- . (2011). *Inteligencia Sentiente. Vol. 1: inteligencia y realidad*. Alianza.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional